



LA TEMPORADA TEATRAL 1988

Arnoldo Mora R.

Al levantar la copa y saludar a nuestros amigos con quienes compartiremos la cena de Noche Vieja y saludamos al Nuevo Año, adquirimos un aire de seriedad casi trágica que contrasta con el ambiente festivo que nos rodea. Es que ese gesto de brindar porque la buena suerte nos guíe en el año que comienza, se acompaña de los recuerdos y añoranzas del año que termina. Arrancar una hoja del calendario o, más aún, cambiar totalmente de calendario constituye uno de los pocos gestos románticos que nuestra mecánica y masificada cultura aún conserva. Esta actitud de seriedad se prolonga en los días posteriores con que da inicio el año, sobre todo cuando en momentos de quietud arrojamos una mirada retrospectiva a lo acaecido en los diversos ámbitos de nuestra vida durante el lapso del tiempo que acaba de culminar. Reseñar un año que termina es, de cierta manera, ponernos trascendentes, salir de la esfera de lo cotidiano y asumir el papel de cronista de la historia, dejar nuestra conciencia de hombres mortales y po-



neros en el pellejo de la historia, de lo que perdura, de lo que puebla la memoria colectiva y pasará a sucesivas generaciones como importante o, al menos, como digno de mencionarse. Más aún, aquello que reseñamos es lo que define un período histórico, lo que da perfil, lo que lo distingue de las otras épocas para bien o para mal. En última instancia reseñar un año es vertir un juicio histórico, es ponernos en el papel de Dios Padre al fin de los tiempos separando a los buenos a la derecha y a los malos a la izquierda, cribando el trigo de la paja más allá del bullicio de la propaganda o del éxito pasajero cuantificado en las cifras de la taquilla o de las estadísticas de asistencia.

Esto es lo que hace difícil una crónica como la presente en donde, al humano temor de cometer una injusticia, una omisión involuntaria, o una exageración inspirada en sentimientos y prejuicios subjetivos, se une la clara conciencia de no haber podido estar en todo, de no haber tenido tiempo ni condiciones materiales para haber sido testigo ocular de todo, o haber hablado con todos los protagonistas o los enterados en el asunto. Aún así, es útil dejar testimonio escrito de lo acaecido en una temporada no sólo para efectos históricos sino, lo que es aún más importante, para sacar lecciones, para convertir nuestra experiencia vivida en experiencia lúcidamente asumida. El saber humano, contrariamente a la destreza animal, no se adquiere partiendo de cero, posee un carácter acumulativo que hace de la palabra escrita el instrumento más adecuado para hacer de lo contingente de la vida una norma permanente para el futuro. Aprender de lo pasado para asumir el porvenir con agigantadas fuerzas. Es con este ánimo que he osado dejar plasmado en breves líneas lo que me ha parecido más descollante del año recién terminado.

1988 pasará a la historia teatral de Costa Rica por haber felizmente roto lo que ya parecía la tónica de la década: una cierta decadencia de la actividad teatral en contraste con la década anterior y que se manifestaba en forma dramática por la paulatina pero inexorable inasistencia del público a las salas, tanto más impresionante cuanto más había sido el entusiasmo de los días idos y cuanta mayor era la capacidad espacial de las salas, mayor el número de los grupos teatrales y, por ende, de los espectáculos ofrecidos. Sin embargo, el milagro se produjo desde octubre del año anterior, 1987. Ello se debió al éxito en todos los sentidos de la palabra, pero sobre todo de público,

de El martirio del Pastor de Samuel Rovinsky. Sobre esta obra no hablaré por pertenecer a la temporada anterior; tan sólo señalaré el hecho de que sobre la ola desatada por El martirio se montó la afluencia de público que señalamos como uno de los hechos más significativos y prometedores de la temporada recién pasada. El dúo Rovinsky-Catania que hizo posible la histórica puesta en escena de El martirio del Pastor nos recordó una verdad de Perogrullo, pero que parecía haberse olvidado. El arte escénico no es un acto solipsista, no es un acto solitario, como la lectura de una novela o como la contemplación de una película en sala pública o en televisión familiar, un acto para individuos solos. Ya nos habíamos olvidado que el teatro no nació de individuos sino de colectividades, de pueblos, de tradiciones ancestrales, de masas anónimas que se amontonaban en plazas y mercados, o en viejos patios y bodegas para disfrutar de un espectáculo perseguido por la policía y condenado por los curas. Así nació el teatro moderno en la Baja Edad Media y en el Renacimiento. O más atrás en el tiempo con los griegos nació como prolongación profana de los misterios sagrados de Dyonisos, pero siempre al aire libre, siempre en lugar que tenía más de común con lo que hoy es un estadio para multitudes irreverentes, que van a gritar y, sobre todo, a participar del evento con la misma intensa pasión con que lo hacen los protagonistas. Y es que el público no es un espectador sino un personaje más, un protagonista que hace suyo el drama que se desarrolla delante de sus ojos y lo vive con la misma intensa pasión con que lo soñó el dramaturgo o lo actualizan los actores. El martirio del Pastor atrajo multitudes y esas mismas multitudes se reconciliaron con el teatro y siguieron viniendo para disfrutar de la mejor puesta en escena del año, el Tío Vania de Chejov, dirigido por Jaime Hernández y maravillosamente interpretado por Leonardo Perucci y Eugenia Chaverri, Luis Fernando Gómez y Juan Katevas, entre otros. Ese mismo público prolongó, contra todo lo esperado, por semanas y semanas, la temporada de una muy buena puesta en escena de Los asesinos delicados (Los justos) de Alberto Camus dirigido con cariño y talento por Alfredo Catania.

Ese mismo público llenó las salas donde fueron estrenadas diversas obras de un joven y prolífico autor llamado Melvin Méndez, que ha dado nueva vida al teatro vernáculo en nuestro medio por la frescura de sus ideas y la autenticidad de las anécdotas que recrea. Ese mismo públi-



co ha llenado salas para ver un ensayo histórico llevado a escena con talento por María Bonilla llamado "El fornicador" de Victoria Urbano, obra con la cual se reabrió el Teatro Universitario luego de dos temporadas en que se replanteó sus fines y organización. El público, finalmente, se entregó con igual generosidad y abundancia en obras más cercanas al Teatro de cámara como "Cosas de mujeres" de Alberto Cañas, la mejor obra de autor nacional de la temporada, sabiamente dirigida por Manuel Ruiz, con una admirable escenografía de David Vargas y una espléndida interpretación de Eugenia Fuscaldó y Paz Gaete. Finalmente, el matrimonio Gaete (Marcelo y Sara) hicieron las delicias de una afluencia multitudinaria de público en una obra jocosa y aleccionadora titulada Pareja abierta, muy abierta, del italiano Darío Fo y dirigida por María Bonilla. Como se ve, hubo de todo y para todos los gustos y en todo el público respondió. Y esto sin mencionar La nona que el Teatro del Angel lleva en cartelera desde hace muchos meses.

Pero si hemos de reseñar lo más sobresaliente del año que termina, no basta con mencionar las mejores puestas en escena. Es necesario hacer justicia a las organizaciones que las hicieron posible, o que irrumpieron en la actividad escénica con elementos novedosos. Señalemos a este respecto, la consolidación de la política iniciada en años anteriores por la Compañía Nacional de Teatro. Sus tres puestas en escena en el Teatro de la Aduana y su abundante actividad en comunidades del área metropolitana y al interior del país, han dado vitalidad no sólo a las actividades teatrales patrocinadas por el Ministerio de Cultura, sino a toda la vida cultural del país. Sólo deseamos que se continúe en esta línea y que no se incurra en un vicio nacional consistente en la improvisación y en los cambios de línea sobre la marcha al calor de intereses o criterios extrateatrales. La experiencia ha sido positiva hasta el presente por lo que no se debe cambiar de caballo cuando todavía se está a medio río.

Igualmente novedoso fue el relanzamiento del Teatro Universitario, esta vez con un carácter más experimental como conviene a una entidad docente que puede prestar ese servicio al desarrollo de la vida teatral de un país, que ya requiere intentos de esta naturaleza. Por su parte, la Sala Laurence Olivier que hasta el momento sólo había exhibido comedias estilo Vaudeville o policíaco, se lanzó con buen éxito por los senderos de la tragedia clásica del Teatro isabelino. Con su Eduardo II de Marlow-Brecht, su director Nico Baker abrió una brecha por la que habrán de seguir otras obras serias en un futuro cercano. Al menos así lo deseamos. Mención especial merece la Municipalidad de San José que, con ocasión de celebrar un aniversario más de la fundación de la ciudad capital, no sólo patrocinó un espectáculo escénico que revive la historia de la ciudad en sus jornadas más salientes, sino que ha patrocinado en forma sostenida una serie de actividades teatrales en los barrios y zonas urbanas alrededor del centro de la ciudad. Ojalá que esto no sea flor de un día y producto de la buena voluntad de un determinado gobierno municipal, sino una institución permanente sustentada en una clara voluntad política que vaya más allá de los cambios de personas propios de un régimen democrático. De desear sería que también otros gobiernos locales de distintas ciudades del país imitaran este ejemplo capitalino. Finalmente, la Universidad Nacional de Heredia inauguró su propia sala y mantiene una actividad continua que ha de servir para fines docentes pero también para desarrollar la cultura en la ciudad sede. Ojalá que el entusiasmo no decaiga y que el público ciudadano y estudiantil responda con no menor entrega.

No quisiera terminar esta esquemática reseña sin destacar la exitosa irrupción de nuestra actividad teatral fuera del ámbito nacional. Una vez más, fue gracias a El martirio del Pastor que se hizo posible ir más allá de la región Caribe (países centroamericanos, Méjico y Colombia) adonde en otras ocasiones han concurrido nuestros grupos de teatro con diversas puestas en escena y diversa fortuna aunque, en general, las experiencias hayan sido fructíferas. El éxito logrado por la puesta de El martirio del Pastor en el Festival Latino de Nueva York y su prolongación en otras ciudades de Estados Unidos y México, han dado a conocer nuestro teatro en las páginas de los más prestigiosos periódicos y en las plumas de no menos prestigiosos críticos, de esos países. La participación de Daniel Gallegos (director) y Haydée

de Lev (actriz) con un monólogo titulado Emily en el festival cervantino de Guanajuato (México) con sobresaliente éxito de público y de crítica, ha reafirmado la proyección internacional de nuestra actividad escénica allende nuestras limitadas fronteras.

En resumen, tres notas merecen destacarse en el año que termina: recuperación del público, histórica puesta en escena del Tío Vania de Chejov y triunfo de nuestro teatro en la meca del arte escénico mundial, Nueva York. De éstas, la de mayor trascendencia para el movimiento teatral nacional la constituye la primera. Por eso debemos ponerle más atención. La responsabilidad mayor incumbe a los directores. De la escogencia que ellos hagan del repertorio depende en buena medida que este fenómeno positivo se mantenga. El teatro no es un arte para solitarios, como lo son las artes escénicas que se dan en cine y televisión. El público es tan necesario al espectáculo teatral como el autor, el director y los actores. El teatro es un acto comunitario, un diálogo gestual entre actores y público, un evento ritual semejante a una liturgia religiosa o a un match deportivo, en que el público vive la acción participando en forma vicaria de lo que acaece, sufriendo y gozando de ello en forma personal. Lo hemos visto en las multitudes que asistieron a ver El martirio y el Tío Vania; sentimos el impacto provocado por Pareja abierta sobre todo en el espectador masculino, o la reacción general en Cosas de mujeres, especialmente en la segunda obra. Sólo hay teatro cuando el público es parte de la obra y sólo cuando tal verdad se convierta en regla de oro de nuestros directores tendremos público.

